El cortijo entre brumas

Siguiendo la senda que va por el lado de arriba de la cañada, me acerqué al collado. Por donde el terreno vuelca para el levante y cae levemente hacia el arroyo. Solo a unos metros al cruzar el arroyo, en el rellano, se alzaba el cortijo.

La mañana era fría, el cielo se veía por completo azul y la hierba, cuajada de diminutas gotas de rocío, tapizaba toda la cañada. Por el collado, se veían cinco o seis encinas y, a la izquierda, la bruma borraba el horizonte hacia el río. Era tiempo de bellotas y por eso el campo olía a setas, musgo y humedad.

Y según me acercaba el collado, iba mirando con el deseo de encontrar la encina. La más gruesa y vieja en este collado y sabía que la que da bellotas gordas y buenas. Conocía este rincón, el cortijo, olivar, encinas y bellotas, desde hacía mucho tiempo. Desde pequeño y por eso hoy volvía y el corazón se me iba llenando de imágenes, algunas dulces y hermosas y otras, algo tristes.

Al volcar el collado, vi la encina, vi el cortijo al fondo, más lejos vi Sierra Nevada y la Alhambra un poco antes sobre la colina recortada. Bajo la encina, la vi a ella y esto me extrañó al tiempo que me alegraba. Vestía ropa pobre, tenía cubierta su cabeza y parte de la cara con un pañuelo a cuadros blancos y negros y se movía despacio como buscando algo. Me acerqué y ya solo a unos metros, la saludé. Alzó su cabeza, me miró, respondió a mi saludo, y siguió moviéndose como buscando. Le pregunté:
- ¿Sabes que las bellotas de esta encina son gordas y buenas?
- Lo sé y por eso las busco. Cada año, esta encina da mejores bellotas y las de este año, son casi como caramelos.

Miré con interés y ahora me di cuenta que aunque se movía con agilidad, era mayor. Le volví a preguntar:
- ¿De dónde eres y por qué sabes que esta encima es tan especial?
- Soy de un lugar concreto pero mi alma y espíritu, pertenecen y se alimentan de estos lugares.
- ¿Y sabes algo del cortijo que ahora mismo se ve ahí enfrente y un poco entre brumas?
- Lo sé todo.
- ¿Cómo qué?

Y mirando al cortijo, con un puñado de bellotas en sus manos, me dijo:
- A su entrada, tiene un portón de hierro, enseguida hay un amplio patio empedrado y según se entra a la derecha, hay como otra puerta. Lleva esta puerta a otro pequeño patio que tiene a su derecha una amplia sala con chimenea. En la segunda planta de esta sala están las habitaciones que usaban los obreros en aquellos tiempos y las ventanas de estas habitaciones, dan a las cuadras de los burros y mulos también de aquellos tiempos.

Mirando al cortijo, por un momento se mantuvo en silencio. Le pregunté de nuevo:
- ¿Y qué hay en el patio principal, a la derecha y al frente?
- A la derecha de este patio, hay un pabellón que era el que usaban los dueños de la finca cuando por aquí venían en verano. Y al frente de este patio principal, otra gran sala con chimenea en un extremo. Aquí se reunía la familia veraneante con el encargado de la finca.

Desde el barranco de la derecha y por donde se veían álamos al fondo, remontaban algunas nieblas. Por un momento taparon el edificio del cortijo y esto me pareció hermoso y lleno de misterio. Le seguí preguntando:
- Has dicho “se reunían”. ¿Es que ya no?
- Desde hace mucho, mucho tiempo, todo lo que te he dicho, ha cambiado. El cortijo es ahora un museo antiguo que enseñan a los turistas. Por eso, por esta senda que has recorrido tú, quieren construir un pequeño ferrocarril. Un tranvía azul y verde para que traiga y lleve a los turistas que visiten este cortijo museo. ¿Qué te parece?

No supe que responder. Pero sí ella, sin que yo ahora le preguntara, me siguió diciendo:
- Nada quieren que cambie en este cortijo. Los hierros del portón, quieren que sigan oxidados, desean que las paredes continúen desconchadas y piensan en dejar las salas, las camas, las cuadras y los patios, tal como en aquellos días estaban. Y al mismo tiempo piensan usar las habitaciones para que las ocupen los que dormir en ellas quieran. ¿Vienes tú por aquí con la idea de visitar a este cortijo?

Después de un rato en silencio, le dije:
- Sí y no.

- Pues ten en cuenta lo que voy a decirte:
Cuando pises el primer patio empedrado, sentirás dentro de ti como un millón de burbujas transparentes haciéndote cosquillas. Si te sucede esto, sabrás que tu corazón y espíritu, están llenos de vida y perteneces al grupo de las personas buenas y amantes de lo bello. Pero si al pisar el empedrado del primer patio, sientes dolor en el corazón y como agujas que se te clavan en el alma, no te alegres ni te felicité de ninguna manera.

Algo sorprendido, pensé un momento y luego le volví a preguntar:
- Cuando tú vas ahora al cortijo y pisas el empedrado del primer patio ¿qué es lo que sientes?
- Lo mismo que sentirás tú cuando ahí entres. Millones de burbujas recorriendo las venas de todo mi ser y haciéndome cosquillas. Hace mucho, mucho tiempo, que nada me preocupa ni me quita la paz del corazón. Cierro mis ojos, me concentro en mí y me uno al universo del sueño que siempre llevo en mi alma.
- Pero y si yo sigo esta senda y, después de remontar las laderas de los olivos, vuelco para el río ¿qué es lo que por ahí puedo encontrarme?

Después de un rato sin pronunciar palabras, de nuevo comentó:
- Por ahí va la senda que ellos recorrieron el último día que por aquí estuvieron. Es muy bella esa senda pero también muy peligrosa. Surca una ladera tan inclinada que un mal paso, te puede llevar rodando al río. Por eso ellos aquel día iban todos cogidos de la mano y, al tiempo que se alegraban, se daban ánimo.

Cortó sus palabras en seco. Yo tenía mis ojos clavados en la figura del cortijo ahora mismo como velado por una fina bruma. Volví mi cabeza para observarla de cerca y no la vi. La llamé y no me respondió. Sí por el suelo, vi algunas bellotas gordas con un aspecto tan bueno que parecían caramelos. Con respeto, cogí un puñado de estas bellotas y me las guardé como recuerdo.